

EUCARISTÍA EN EL 50º ANIVERSARIO DE «MANOS UNIDAS» EN LAS DIÓCESIS DE ARAGÓN

**Homilía de Mons. Alfonso Milián
en la Basílica de N^a S^a del Pilar (21 de febrero de 2009)**

En este Año Jubilar Paulino y en esta Basílica de Nuestra Señora del Pilar, donde venimos tantas veces a *ver a la Virgen*, celebramos hoy la Eucaristía, verdadera acción de gracias al Padre, con las Delegaciones Diocesanas de «Manos Unidas» de Aragón por estos fecundos cincuenta años de lucha contra el hambre en el mundo.

Hace medio siglo las Mujeres de Acción Católica organizaban en nuestra tierra la primera Campaña contra el hambre en el mundo. Atentas a la realidad sufriente de tantos pobres que mueren de hambre, secundaron el *Manifiesto* de la Unión Mundial de Organizaciones Femeninas Católicas (UMOFC) y pusieron manos a la obra. Las ciento sesenta mil Mujeres de Acción Católica que había entonces en España se movilizaron y movilizaron a la sociedad con un único objetivo: vencer el hambre de pan, de cultura y de Dios, que aquejaba a la mitad de la Humanidad.

Algo parecido ocurrió con Cáritas Española. Más o menos por las mismas fechas, los Hombres de Acción Católica, contemplando el dolor y las carencias de tantos hermanos en los años de la postguerra, iniciaron una gran campaña de Caridad con la intención de mitigar la escasez de alimentos y otras necesidades que aquejaban a la sociedad española. En esta gran campaña estuvo el germen de lo que hoy es Cáritas Española, cuyo sexagésimo aniversario celebrábamos hace dos años.

Ambas iniciativas nacieron de la Acción Católica y nacieron en favor de los pobres, de los marginados, de los últimos de la sociedad. Sus miembros más activos, atentos a la dura realidad que les rodeaba, escucharon la llamada del Señor pidiendo que atendieran a sus preferidos, los pobres, en los que Él se hace particularmente presente: *todo lo que hagáis a uno de estos, los humildes, a mi me lo hacéis*.

Ambas instituciones han nacido de la Iglesia, se sienten y son Iglesia y actúan como Iglesia. Ellas encarnan de un modo palpable el servicio de la caridad que urge a la Iglesia tanto como la celebración de los Sacramentos y el anuncio de la Palabra de Dios.

En un vibrante *Manifiesto*, las mujeres católicas de sesenta países —¡todo un ejército!— reconocían que se sentían «llamadas por Jesucristo para dar testimonio de un amor universal y efectivo por la familia humana». Rechazaban las soluciones perezosas y criminales, como la guerra y la limitación de los nacimientos, y declaraban la guerra al hambre.

Desde la primera Campaña hablaron de tres hambres que aquejan a la humanidad: hambre de pan, hambre de cultura y hambre de Dios. Para combatir las proponían dos armas sorprendentes por su sencillez y eficacia, que siempre han estado presentes en la vida de los seguidores de Jesús: un *ayuno voluntario*, como signo de solidaridad con los que ayunan por necesidad, y una *colecta* para financiar proyectos de desarrollo en países del Tercer Mundo.

No se conformaban con dar un pez para que coma el hambriento, sino que le procuraron la caña y el arte de pescar para que puedan ser protagonistas de su propio desarrollo. Esto se viene realizando a través de los proyectos de desarrollo, que son minuciosamente estudiados y seguidos, con el fin de hacer eficaces al máximo los donativos recogidos en favor de las comunidades empobrecidas del Tercer Mundo.

El texto evangélico de la Transfiguración del Señor, que acabamos de escuchar ilumina el trabajo realizado por la inmensa obra de «Manos Unidas». Lo mismo que Jesús se llevó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan a una montaña alta y en presencia de ellos se transfiguró provocando una experiencia insólita, tan conmovedora y gratificante que quedaron atónitos, así las Mujeres de Acción Católica, movidas por la fe en el Señor resucitado subieron con él al monte y tuvieron una experiencia parecida.

Los tres apóstoles escucharon una voz que salía de la nube: *este es mi Hijo amado; escuchadlo*. Esa voz misteriosa, profunda, resonó en sus corazones y bajaron de la montaña sintiéndose hijos de Dios en aquel Hijo amado. Bajaron dispuestos a contemplar a todos los hombres y mujeres como hijos e hijas de Dios. Ellos habían vivido con suma intensidad una experiencia tan maravillosa que no podían guardarla para ellos solos. Querían que todos la experimentasen. Por eso siguieron junto a Jesús, el Hijo Unigénito del Padre, para dedicar su vida, hasta derramar su sangre en el martirio, a dar a conocer a Dios como Padre de nuestro Señor Jesucristo y Padre de todos nosotros.

En el monte Tabor tuvieron la gran experiencia que todos los cristianos tenemos: la experiencia de Dios como Padre y, en consecuencia, la experiencia de nuestra fraternidad. De ahí la llamada a construir un mundo de hermanos en el que todos somos igualmente queridos por nuestro Padre. Aunque Dios, como buen Padre, hace alguna excepción y tiene algunos preferidos: los pobres, los niños, los enfermos, los que sufren, los que pasan hambre.

Las Mujeres de Acción Católica también sintieron —y muchas otras mujeres cristianas lo han seguido sintiendo a lo largo de estos cincuenta años— la experiencia de ser amadas por Dios, como los tres apóstoles que subieron con Jesús al monte Tabor. Y en esta experiencia han encontrado la fuerza del Espíritu Santo para compartir con todos los hombres y mujeres de buena voluntad el esfuerzo para hacer frente al hambre y lograr así un mundo más fraterno, sin las desigualdades que ensombrecen a nuestro mundo.

Con las Campañas de cada año han logrado concienciar a los cristianos que forman parte de la comunidad eclesial y a otras muchas personas que se sienten solidarias en esta causa común. ¡Cuántos colaboran de muchos modos ingeniosos y emocionantes en esta tarea de educar para el desarrollo y desterrar el hambre de nuestro mundo!

Han logrado crear conciencia de la injusticia que sufren los pobres de la tierra, aunque todavía hay que conseguir que las grandes decisiones que controlan la economía mundial se apliquen a globalizar la solidaridad, como pedía el papa Juan Pablo II. No faltan bienes ni alimentos, falta un equitativo reparto de esos bienes. Por eso no es justo que unos pocos disfruten con escandalosa abundancia de lo que pertenece a todos.

Sé que contempláis con tristeza esta realidad, palpáis las muchas dificultades que hay en el camino, pero no os desanimáis. Vuestra esperanza es firme. Contáis con la mayor fuerza, la del amor, el amor que Dios tiene a todos sus hijos. Queréis extender este amor por todos los rincones del planeta para sustituir un mundo de competidores y, a veces, de enemigos, por un mundo de hermanos.

Dejemos que siga resonando en nuestro corazón: *Tú eres mi hijo amado*. Sintámonos profundamente queridos por Dios. Si esta experiencia anida con fuerza en nuestro corazón, el mundo sonreirá, sabrá que tiene un Padre, sabrá que no está

huérfano y serán muchos los que al bajar del monte Tabor se unirán en esta lucha por construir un mundo más fraterno y más humano, el Reino que Jesucristo anunció.

Quiero terminar con una narración que me sigue impactando desde que la leí:

«En un crudo día de invierno, un anciano tembloroso fue llevado ante los tribunales. Se le acusaba de haber robado un pan. Al ser interrogado, el hombre explicó al juez que lo había hecho porque su familia estaba muriéndose de hambre.

— La ley exige que sea usted castigado —declaró el juez—. Tengo que ponerle una multa de veinte euros.

A continuación, el juez metió su mano en el bolsillo y dijo a aquel pobre hombre:

— Aquí tiene usted el dinero para pagar la multa.

Y prosiguió:

— Pongo una multa de un euro a cada uno de los presentes en esta sala por vivir en una ciudad donde un hombre necesita robar pan para poder sobrevivir.

Pasaron una cesta por entre el público y aquel pobre hombre, totalmente asombrado, abandonó la sala con quinientos euros en su bolsillo».

Que la Virgen del Pilar, como buena Madre, inspire y sostenga la obra de «Manos Unidas» y nos dé a todos la fuerza que necesitamos para colaborar eficazmente en la erradicación del hambre en el mundo: hambre de pan, hambre de cultura y hambre de Dios.